

La Casa Ensangrentada

Por José Manuel Torres Santiago

**SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS**

(Escena. Palacio de gobernación. Afuera se oyen gritos de protesta del pueblo, violencia policiaca... Clarima aparece en la escalinata del palacio.)

Clarima

Tanto mal en esta tierra, la casa asesinada; perdidos todos en las monedas podridas, en la piel aparente, en el engaño fatal...

No más estos escombros de vida.

No más esta piel de sombra.

No más estas ruinas miserables de desolación.

¿Cuándo vendrá el que en fiel inmolación redima la sangre de los caídos en la sombra, levante la raíz del pueblo, lance los bárbaros de botas ensangrentadas, el sol proclame y en salve prenda la alabanza de los panes y el trabajo? ¿Cuándo esta casa tendrá la luz que proclamó el patriarca asesinado el rocío del alba? ¿Cuándo los jóvenes, heridos en su ser, abonarán con sus cuerpos la tierra cortada a ras? ¿Cuándo la memoria de los héroes y mártires se librará del dolor y el olvido? Los Beauchamp, los Rosado, los Torresola, los Collazo, los Díaz...

¡Ay! Pero esta paz... ¡Esta paz! Mucho silencio hace tiempo en esta Isla. Mucho silencio. Y los traidores de fauces podridas tragándose la miseria del pueblo en sus orgías enfermas.

Mi misma casa, mi mismo hogar. ¡Esta sangre maldita! ¡Esta sangre maldita! ¡Esta herencia cancerada en la propia entraña! Cuando todos lo creían el salvador mi padre se manchó con la sangre del pueblo, asesinó en las cárceles a los hijos más adelantados y envolvió a los hombres en la más descarada de las mentiras. Borracho se pasa días y noches en su juego de traición. Los cipayos sirviéndole, elogiando su "obra" sin sentir una pizca de vergüenza esa partida de maricones.

Mi madre también es igual. Sí, es igual... Una vez estuvo muy cerca del heroísmo. Muy cerca. Pero se allanó al poder indigno y a la saliva que le prodigaban los señores del Norte. Se prostituyó, fue amante y yo fui la víctima inocente, hija del

pecado en la casa manchada de oprobio. Hija de la mujer que un tiempo cargó una pistola para defender los derechos del pueblo.

Culpable como mi padre también es.

Culpable de servir al imperio por unos blandos cojines.

Culpable mientras el pueblo muere en las esquinas y en las ventanas de luto.

Culpable de esta descarada paz.

Culpable de la ruina que se asienta en cada hombre del pueblo.

Culpable de la inmoralidad que se propaga por todos los rincones.

Culpable de que un día este cielo y esta tierra sean la podrida tumba de un pueblo.

(Gime.)

Isolina

(Desde el interior del palacio llegando hasta la puerta, cerca de Clarima.)

¡Clarima! ¡Clarima! Basta ya de tantas blasfemias. ¿No te cansas de repetirías?

Ya todos te han oído.

Clarima

No, no todos. Falta que el pueblo me oiga. Falta que esta verdad llegue a su cerebro y sepa por mi boca quiénes son ustedes.

Isolina

¡Basta, Clarima! ¡Basta! Soy tu madre...

Clarima

¡Mi madre! (Ríe cínicamente.) Sí, es cierto. Eres mi madre... Me has dado trajes, bailes, carros, viajes... Sí, mi madre. Mi adorada madre.

Isolina

¡Calla ya esas blasfemias, Clarima!

Clarima

¡Blasfemias! La verdad es blasfemia. Te duele que tu propia hija te aborrezca.

Isolina

Isolina

No has querido comprendernos. Nunca has querido.

Clarima

Eso dicen ustedes. Pero..., ¿quién va a comprender a los carceleros de los que han dado todo por la libertad del pueblo? ¿Quién que tenga vegegüenza se va a acercar a ustedes? ¡Únicamente esa partida de maricones borrachos! No estoy dispuesta a aceptar una caricia tuya ni de él. ¡Conozco bien lo que dijo Albizu Campos! ¡Sé sus palabras y quiero vivir su moral!

Isolina

Ese hombre que veneras quiso destruirnos.

Clarima

Porque se acabaran los males del pueblo.

Isolina

¡Clarima!

Clarima

Te duelen mis palabras... Sientes la voz que el silencio y la opresión no permiten proclamar al pueblo.

Isolina

Eres una mala hija.

Clarima

Lo soy porque ¡no vivo la peste que viven ustedes; porque no me siento hija de un padre y una madre degenerados, traidores... Cuando niña me enseñaron a amar lo que hoy escupen. Entonces me decían que había que amar la libertad, la independencia; que había que echar a los invasores, aplastarlos... Y hoy, ¡qué descarada realidad! Hoy ustedes son los servidores de los amos y los señores. ¡Los más cochinos mercaderes de nuestro pueblo!

Isolina

¡Clarima! Mucho he soportado tus faltas. Hoy mismo te largas de esta casa.

Clarima

Me iré. No necesito vivir en casa podrida. No necesito estar rodeada de esa partida de cerdos que te hacen la corte en las ceremonias oficiales. Me iré. Me iré. Me iré con el pueblo a luchar contra la plaga que ustedes han propagado, denunciar sus traiciones. Iré a pedir al pueblo que proclame la libertad.

Isolina

¡Vete! ¡Vete! No te quiero ver más en esta casa. ¡Vete, Clarima!

(Sale.)

Clarima

(Iluminada.)

Noches de fuego y dolor se esparcirán por el horizonte. Los que inmolaron sus vidas por salvar del imperio de sombra recibirán el abrazo y el beso heroico de la sangre. ¡Las furias se desataxán contra la casa de la traición!

(Entra el Coro.)

Coro

De la casa perdida emerge el aire del fuego... Nuevas olas prenderán las orillas. Nuevo grito se esparcirá en la tierra y llevará la sangre al hueso de los mártires. Clarima, de dolor henchida, no quiere en su tierra las manos asesinas ni la oscura traición de sus padres. Sabe que libertad es vida, pan y trabajo, felicidad sin ruinas. Sabe de los dolores del que en prisión subió a la cima.

De la casa perdida emerge el aire del fuego. ¿Qué ruiseñor de sueño renació? ¿Qué pitirre de sangre? Hondos mares levantan sus cantatas al viento y los árboles mueven sus hojales de ensueño. Allá lejos palpita el quehacer de lo eterno. En las llamas del siglo una rosa se alza a plantar lirios nuevos.

Clarima

He renunciado al boato. Me he alejado de la traición de mi casa. Seré manci-
llada y manchada con la calumnia en los venideros días. ¡Pero no habrá paz! Se vol-
carán ríos de sangre por calles y aceras. ¡No habrá paz! Los hijos del pueblo levan-
tarán las manos callosas del trabajo. ¡No habrá paz! El pueblo entero proclamará la
redención en la lucha armada. ¡No habrá paz! Las madres y los padres y los hijos co-
mulgarán en la lucha sangrienta para colmar la tierra con la propiedad, la producción,
el consumo y el trabajo para todos. ¡No habrá paz! El trabajo y la materia serán fuen-
tes de felicidad para los enajenados y arrojados en las cavernas de sombra. ¡No habrá
paz! El pordiosero y el arrabalero y la mujer de piernas hinchadas tendrán comida, ca-
sa y salud. ¡No habrá paz si no se curan al pueblo las enfermedades que el imperio de
sombra ha plagado! ¡No habrá paz si no se cauterizan sus explotaciones y se cortan sus
botas ensangrentadas! ¡No habrá paz si no se hace la libertad en el pueblo!

(Pausa.)

Mucha sangre se verterá en esta tierra. Pero de ella saldrá la verdadera paz, la
verdadera justicia y el bienestar del pueblo. Habrá dolor, pero mucho amor y profunda
ciencia para los hijos del eterno mañana. No puede un pueblo la paz si su sangre no
consagra la nación en el infinito. No puede un pueblo la subsistencia si sus hijos no
izan la bandera consagrada con la sangre de sus mártires...

Sabe el pueblo que en el dolor hay comunión. Sabe el pueblo que en sus hijos mar-
tirizados hay una llama que el imperio no puede apagar con su sombra. Sabe el pueblo
que un día sus manos trabajadoras levantarán sus puños a la altura del tiempo.

Hace ya muchos años que la sámbra siembra muerte. ¡Pero no habrá paz! No habrá
paz hasta que la sangre derrame sus ríos torrenciales y la libertad sea en el pueblo.
¡No habrá paz ni libertad hasta que no arrojemos de las tierras puertorriqueñas a los
yankis de manos ensangrentadas!

(Camina lenta hasta el portón de hierro que da a la calle.)

Isocas

(Se le oye, primero, fuera de la escena, discutiendo con la guardia del palacio.)

Les pido que abran ese portón. Vengo a ver a Isolina.

(Subiendo las escalinatas del palacio.)

Siento las furias venir... ¡Isolina! ¡Isolina! (Se lleva la mano al oído como auscultando un sonido.) Un chorro de sangre corre, se acerca... ¡Isolina! ¡Isolina! Estas escalinatas se manchan. (Respira profundamente.) El aire, el viento, las calles y las aceras huelen a sangre. Y el mar... El tiempo gira peligrosamente. Esa esquina, la otra, los campos, los barrios, los arrabales. Siento los puñales de los hambrientos y descalzos. Siento la marcha de las manos trabajadoras, sus pies hollando caminos y montañas... ¡Un ejército, eh, un ejér...! (Caen sin sentido contra las escalinatas. Entra Isolina.)

Isolina

¡Isocas! ¡Isocas! (Da un grito.)

Isocas

(Reponiéndose.)

Isolina... Isolina... He venido desde las montañas. El sol de madrugada me provocó un gran dolor. Primero desperté sobresaltado. Un sueño terrible se apoderó de mí. El pueblo venía en una inmensa llama de fuego, multitudes de hombres, mujeres y niños con toda clase de armas; piedras, palos, cuchillos, machetes, pistolas, fusiles... ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Viva Albizu Campos! ¡Viva el mártir de la Independencia! Gritaban a coro y abrían el cielo y movían los árboles y espumaban los mares... Avanzaban con banderas ensangrentadas, con los cuerpos heridos triunfando sobre las tropas del ejército y la policía. Luego llegaban a este palacio cuando de pronto apareció Clarima, las telas de sus ropas ensangrentadas, con una pistola en sus manos... Pero no pude ver más. Las campanas de la iglesia despertaron mi sueño. Cuando venía oí decir que habías echado a Clarima del palacio. Que la habías expulsado por amar a Albizu Campos.

Isolina

(Llorando.)

¡Clarima! ¡Clarima! ¡Clarima! ¡Hija mía!

Isocas

¿Es cierto, Isolina?

Isolina

Sí, Isocas... ¡No pude! ¡No pude aguantarla más! Día y noche insultándonos, blasfemando; diciendo que Ludas y yo éramos unos traidores. Que iba a ir al pueblo a denunciarnos, a pedirle que nos echaran del palacio. (Desconsolada.) ¡Ay, Isocas, la misma casa se rebela contra nosotros! Cuando creíamos que todo había terminado; cuando creíamos que la muerte de Albizu Campos paralizaría todo para siempre, más se abrieron sus voces, más fuertes se sintieron sus denuncias, sus llamadas a la revolución.

Isocas

¡Albizu! ¡Albizu! ¡Qué eterno aquel hombre! Vibró muy hondo en el pueblo. Vivió en carne y hueso lo que predicó. Siempre se mantuvo incólume. Su nombre es invocado en todos los rincones de la tierra. Lo he visto en las paredes, en las ace-
ras, en las carreteras, grabado en los árboles... ¡Ese hombre no ha muerto! ¡Ese hombre está en los labios del pueblo, en su sangre, en el corazón del pueblo! Su apostolado, su palabra, su gesto, su valor, su heroísmo, y su martirio en las cárceles pesan mucho en la conciencia del pueblo; tienen un gran peso en el alma del pueblo, son móviles en la dignidad del pueblo.

Isolina

¡No! No es posible, Isocas. No es posible... En las urnas Ludas ha demostrado que el pueblo no quiere la libertad.

Isocas

No se puede vivir mucho tiempo con un culto falso, Isolina. Eso aparenta ser la verdad. Pero bien sabes que siempre ha sido engaño, traición.

Isolina

¡Isocas! ¡Isocas! ¡Usted, también!

Isocas

No, Isolina. Ni una piedra podría lanzar contra ustedes. Hace mucho tiempo lo advertí y nunca me quisieron creer. Sabía que tarde o temprano esa niña despertaría como aquel que padece el amargo destierro. Ustedes antes de asociarse con el Norte sembraron en su mente la verdad... y ella la cultiva. Se ha dado cuenta que tú y Judas traicionaron la Independencia; que el concepto de libertad que él ha podido sostener explotando las debilidades del pueblo es falso.

Isolina

No diga usted eso, Isocas. No lo diga. El pueblo nos ha respaldado.

Isocas

¡Es una mentira! Claramente sabes que es una mentira. El pueblo nunca se ha traicionado a sí mismo. Pregúntale, convoca una asamblea de todo el pueblo y te convencerás que la dignidad no ha muerto. Ningún pueblo se traiciona a sí mismo. El pueblo no es indigno, no importa haya hombres indignos. En el pueblo no hay dilema. El pueblo sueña con la libertad. El pueblo quiere vivir la libertad.

Isolina

¡No! ¡Isocas! ¡No!

Isocas

Tienes miedo, Isolina. Tienes miedo. Se te ha pegado el miedo de Judas. Te has contagiado con el miedo de Judas.

Isolina

¡No puedo más, Isocas! ¡No puedo más!

Isocas

Pero es muy tarde, Isolina. Muy tarde para exclamar. El heroísmo un día te llamó a sus puertas, pero te volviste. Caíste en la degeneración de Judas. Sabías

que era un borracho y un narcómano, un codicioso del poder que simuló seguir la lucha revolucionaria. Ludas fue siempre un cobarde.

Isolina

No diga usted eso, padre. Las condiciones...

Isocas

¡Las condiciones...! ¡Las condiciones...! Perdiste la libertad con ese dilema. Te hiciste amante de Ludas y vomitaste aquellos sentimientos que tallaron en ti aquellos humildes campesinos que te dieron la vida. A ellos también los manchaste con tu deshonra.

Isolina

¡No! ¡No! Usted... Isocas... Usted me ofende, Isocas. (Soberbia.) ¡Guardias! ¡Guardias! Saquen este hombre del palacio. Que lo lleven a las montañas.

(Entran guardias y se llevan a Isocas.)

Isocas

Mis sueños son verdades, Isolina. Siento mucha sangre correr por esta casa. ¡Mis sueños son verdades...!

(Ludas aparece en el portal del palacio.)

Isolina

¡Ludas! ¡Ludas! Isocas vino de las montañas a contar sueños de sangre...

Ludas

(Enajenado, repugnante y agresivo.)

¿Isocas? ¿Quién lo dejó entrar?

Isolina

No, Ludas... Yo... Yo lo mandé a buscar. No podía dormir. Necesitaba sus consejos.

Ludas

Aún confías en ese salvaje... (Llamando a los guardias.) ¡Guardias! ¡Guardias!

Isolina

No, Ludas. ¡No!

(Aparecen dos guardias del palacio.)

Ludas

¡Guardias! Que busquen a Isocas y lo encierren... Que no le sirvan comidas...

(Los guardias salen.)

Isolina

No, Ludas. No hagas eso. No, por favor... Que no lo dejen sin comer. Ya has visto que ha pasado con los otros.

Ludas

¡Los otros! ¡Los otros! Esa partida de criminales.

Isolina

No, Ludas. ¡No! No vuelvas de nuevo. Te hace daño. Después no puedes dormir pensando que te van a matar y vuelves a desatar la violencia.

Ludas

(Reflexivo, huraño y violento.)

¿Matar? ¿Matar?

(Camina lentamente hasta la miralla que mira al mar. Isolina entra temerosa al palacio.)

Coro

Entra (En escena escena dramática y acusador.)

Ludas... Ludas... No bebas. No fumes más... Ayer el sol prendió muchas noches de sueño. Te emborrachaste... Mira el mar. Sus olas son unos párpados gigantes que te van a tragar. Esa luz de aquel faro te dice la agonía. No se puede vivir. No se puede vivir, Ludas. Coj el poder a tus pies, con el hambre de los obreros en las manos, la sangre salpica en tu propia cara.

¡Traidor! ¡Traidor! ¡Ludas, eres un traidor! ¡Ludas, eres un vendepatria! ¡Ludas, te entregaste a los yanquis como una puta!

Eres un cobarde, Ludas. Tienes miedo. No te atreves salir solo a la calle. Tienes miedo. Tienes miedo. Tienes miedo. Los yankis te arrodillaron, Ludas. Los yankis te convirtieron en un miserable. No te atreves salir del palacio. No te atreves...

Ludas, tienes miedo hasta del mismo pueblo. Estás perdido en ti mismo, en el dilema. No tienes ya ni tu propia libertad. ¡Ludas! ¡Ludas! La sangre vertida de tu pueblo te condena. ¡Eres un degenerado...! Te fuiste a predicar el oportunismo robándote lo más puro de Albizu cuando lo encarcelaron con los héroes en Atlanta. Y hablaste, Ludas; hablaste mucho de pan, tierra y libertad para el pueblo. Y subiste al poder con la aprobación de los piratas del Norte, los yankis de manos y botas ensangrentadas, las furias capitalistas. Desnudaste tu íntima vergüenza, te creaste un oscuro dilema y perdiste para siempre la libertad, aun la libertad de morir....

(El Coro se mueve a manera de ráfaga o abanico alrededor de Ludas.)

Viene el viento cargado de aluviones de fuego, arrojando mentiras, destrozando el infierno... Viene como un azote del silencio desplegando banderas de sangre, proclamando libertades, panes, trabajo.

Hace ya mucho tiempo la paz asesina las entrañas del pueblo; explota sus sueños, sus noches, esas esquinas de hambre, las manos trabajadoras, el arrabal; y el luto viste las ventanas y las montañas exhalan dolores de madre.

Por los cuatro costados el viento tiembla, sus párpados producen señales, surgen tempestades, asoman soles de albas multiplicadas, manos, calles, aceras, el temple de la constelación, la figuración de esperanzas alanzadoras, de trenos y murallas, de valles y campos, de piedras vírgenes, de jóvenes manos, ríos abiertos, corrientes, alas, pájaros, colmenas y ruiseñores, nubes y cielos, sol, aire, estiércol, montes, yerbas, sueños, sueños, sueños...

Múltiples desgracias arropan nuestros hogares. Pero todos saben quién es el culpable, quiénes los enlodados con el sudor y la sangre del hambre. Todos conocen las furias yankis, sus demonios podridos, sus escaladas de muerte y sombra...

¡Ludas! ¡Ludas! La maldición de todo un pueblo está abriendo un corazón de fuego. Este viento que nos agita quiere señalarnos una revolución que está a punto de estallar en los arrabales del pueblo. Tú que has derramado tanta sangre, tú que has mancillado tantas mujeres y estrujado en la cárcel la dignidad de héroes y mártires, la mira del pueblo te apunta, no te deja un momento, espera el día del cambio para exterminarte por haber tallado tu felicidad con el crimen y la injusticia. Tu fuerza la derribarán de entre los vivos.

¡Ludas! ¡Ludas! ¿Estás impasible? ¿No sientes los tormentos del pueblo? ¿No escuchas esa sangre que gime en las esquinas y en los arrabales de insomnio? ¿No oyes el llanto de un niño en los zaguanes? ¿No oyes el quejido del enfermo en los camastros de muerte? ¿Estás frío, Ludas? ¿Estás frío...? Mira que el sol nunca muere. Mira que los hombres del pueblo no han caído en tu dilema, no han vacilado. ¡Están vivos, Ludas! ¡Están vivos!

Ludas

¡Malditas mujeres! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Fuera de este palacio!

(El Coro grita y sale temeroso. Ludas entra al palacio.)

(Tumba de Albizu Campos. Entra Clarima, lenta, los cabellos recortados, descalza, con un ramo de flamboyán en sus manos.)

Clarima

¡Padre! ¡Padre! ¡Padre! (Llora desconsolada.) ¡Maestro Albizu Campos!

Tú que derramaste la hermosa sangre.

Tú que inmolaste tu vida en la transfiguración gloriosa del sublime heroísmo.

Tú que frente a la cárcel y la muerte erigiste el supremo bien en el ara común.

Tú que entregaste tu pura vida para salvarnos.

Tú que te inmolaste para el bien de la nación...

Permite estas lágrimas de dolor de la hija de la casa donde se asesinó tu sangre y la de tus discípulos. Permite esta voz que vive tu sublime palabra, que vive tu memoria... Esta voz que busca el río de luz, la paloma de fuego, la sangre del espíritu para en alquimia creadora llevar la multitud de manos a hacer la libertad y construir el nuevo hombre ^{de la patria} nueva liberada, lejos del oro corruptor y de la explotación. Permite tú, padre, esta voz, esta sangre mía rebelada, este inmenso caudal de arterias que busca la luz por la cual tú moriste.

(Pausa.)

Vi la traición nacer. La vi en sus alas de cera; en su podredumbre... La codicia y la cobardía la impulsaron y la padece en mi propia casa. Concertaron pactos con los bárbaros del Norte. Los estrujaron en mi cara inocente de niña después que me habían enseñado que la libertad había que amarla como la amabas tú, sin permitir que nadie la mancillara, sin permitir que ningún tirano la pisoteara... ¡Pero se vendieron por unas monedas manchadas de sangre y sembraron la paz del crimen!

¡Padre! ¡Padre! ¡Maestro Albizu Campos! Dame tu sueño, las llamas que impulsan esas banderas. Dame el fuego que viertes a los espacios y el poderío de luz que elevó tu palabra por campos y pueblos. Dame tu mano pura y tu puño inmenso para salvar, para matar y morir por la Independencia.

(Deposita el ramo de flamboyán. Se inclina en la tumba y gime. Entra el Coro.)

Coro

¿Qué voz se escucha por los lares?

¿Qué piedra de sol?

¿Qué camino camina por la entraña del suelo?

Allá, lejos, multitudes de manos, multitudes de pies descalzos, hombres, mujeres, niños, ancianos...

¿Qué fuego sopla por el este?

¿Qué viento de rica constelación?

¿Qué ubre de sueños calmados?

Rebelada Clarima por el pueblo cultiva el sueño asesinado. Por el pueblo cautiva con su amor innombrado a la tierra que un día le diera su cuerpo de mujer. Desolada proclama la libertad.

¿Qué aire de encendidas montañas una noche de luna pronunció en sus entrañas la voz de los claman en la sombra la libertad?

¿Qué ruisenor de trinos multiparidos labró en su cuerpo y en sus labios la palabra de los fuegos eternos, la palabra que mueve la historia, la parábola de los sueños increados y la transfiguración de los pájaros en canciones, las canciones en árboles y los árboles en las manos trabajadoras que producen en los campos la fecunda obra de los panes?

Rebelada Clarima, con la piedad sencilla, las manos abiertas, busca prolíficos sueños de amaneceres, busca en su soledad la esquina pura, el grito volcánico de Albizu Campos, el ara inmensa de héroes y mártires... Pide sus focos de fuego, el valor de sus sueños despojados por el imperio de sombra.

¿Qué grito asoma por aquella montaña?

¿Qué ilusión de amaneceres rojos por el este deja sentir los octubres gloriosos, los yunques sagrados, la eclosión de pólenes multiplicados, el canto, el trino, la luz, las sangres de hondos griselios? ¿Qué ola fulge en el fuego, esas manos trabajadoras que producen la masa de panes, esos puños trabajadores que emergen de

la tierra con sangres de nuevas emociones? ¿Qué mar sublime derrama el viento rojo de los costados íntimos, esa piel de luz que pronuncia la diamantina presencia de los caídos en las sombras?

Por el sol va Clarina, de multitud vestida, viva en la llama de la libertad, ¡viva!, ¡viva!

Clarina

La faz del imperio corre desesperada por los pueblos, sus crímenes podridos. Ese espanto de sus noches corruptas mientras el hambre espuma sus dolores. ¡Maestro Albizu Campos! Dáanos la fuerza de tu espíritu a los que hemos elegido los caminos de luz que tú forjaste. Dáanos la palabra volcánica por la cual el pueblo siguió tus peregrinaciones de valor y sacrificio.

(Clarina camina a través de las tumbas y se pierde de vista. El Coro se reparte y semeja disperso un grupo de estatuas. Entran Andrenio y Leonías.)

Andrenio

¿Estás seguro que la echaron del palacio?

Leonías

Lo oí decir por la costa, Andrenio. Dicen que pasaba días y noches llorando; que sufría mucho. Isolina y Ludas se sentían intranquilos. Ella les imprecaba todos los días.

Andrenio

¿Ella sabe que tú...?

Leonías

No. Pero es mejor callarlo. Casi nadie lo sabe; aunque por el pueblo se rumora del hijo de Ludas e Isolina. Unicamente Isocas sabe la verdad.

Andrenio

Ella tiene que saber que tú eres su hermano.

(Andrenio y Leonías se detienen frente a la tumba de Albizu Campos.)

Leonías

Alguien ha estado aquí. Esos flamboyanes están recién cortados y hay aquí en el suelo una piedra que me es muy familiar. (Leonías recoge la piedra y la observa.) Es muy brillante... (Leonías palpata la cadena que lleva al cuello.) Tiene un nombre que el tiempo ha borrado. ¿Puedes verlo tú, Andrenio? (Da la piedra a Andrenio.)

Andrenio

(Toma la piedra y la observa detenidamente.)

Está muy apagado.

(Leonías, un tanto extrañado, saca lentamente la cadena de su cuello)

Leonías

¡Andrenio! ¡Andrenio! ¿Será posible? Mira esta piedra que desde niño llevo colgada en mi cuello... No recuerdo bien, Andrenio. No recuerdo... Pero esta cadena me la pusieron... (Medita.)

Andrenio

Es una piedra labrada a mano. (Toma la cadena de Leonías y la observa.) Tiene tu nombre y está igual de gastada que ésta.

Leonías

Esa piedra... ¡Ahora recuerdo, Andrenio! Sí. Fue Isocas quien me la regaló el día de la fiesta de Judas. Cuando Judas subió a la gobernación. También le regaló otra a Clarina. Entonces ella era una infante de tres años.

Andrenio

Pues ella ha estado aquí.

Leonías

¡Mira! Allá viene alguien. Una mujer. Es mejor escondernos. Vamos a aquella tumba.

(Se esconden. Clarina se acerca a la tumba de Albizu Campos.)

Clarina

Clarima

(Murmurando.)

¡Mi piedra! ¡Mi piedra!

(Busca fijando detenidamente la mirada en el suelo.)

Andrenio

Dice algo de una piedra.

Leonías

Sí. No hagas ruido.

Clarima

(Mirando curiosamente los alrededores.)

¡Mi piedra! ¡Mi piedra! (Andrenio en un movimiento hace caer un tiesto.)

¿Quién se esconde? ¿Quién se oculta en esa tumba?

(Sale Andrenio. Leonías se queda oculto.)

Andrenio

Andrenio.

Clarima

¿Andrenio?

Andrenio

Sí. Vengo con un amigo. Buscamos a Clarima.

Clarima

¿A Clarima?

Andrenio

Sí. Necesitamos verla con urgencia.

Clarima

¿Quién es tu amigo?

Andrenio

Leonías.

Clarima

¿Leonías? ¿Leonías?

Andrenio

¿Lo conoces? Es el hijo de Isolina y Iudas.

Clarima

¡No! ¡No puede ser!

Andrenio

¿Cómo?

Clarima

¡Dime quién es Leonías!

Andrenio

Es uno de los nuestros más sufridos. Nadie se imagina la amargura que sufre un hombre cuando la tiranía se convierte en monstruo.

Aquí se amó mucho esta tierra. Nadie se atrevía faltar a los sagrados de la patria. En el país se respiraba la pasión, la emoción y la verdad que la patria había puesto en el corazón, en la palabra y en las manos sublimes de Albizu Campos.

La tierra entera era una **alegría** de amor, valor y sacrificio. Una armonía en la que las vidas más preciadas se ofrendaban en holocausto.

No había mentiras. No había pieles de sombra. Los hijos de la tierra eran su luz. Los hijos de la tierra eran sus soles de libertad... Pero el imperio prendió su locura; declaró guerra a la libertad y los funestos males asolaron la tierra.

La patria se hizo dolor. La patria se hizo sangre.

Encarcelaron a Albizu y a sus discípulos; asesinaron, plantaron sus botas de crimen y muerte; desolaron la tierra y la violencia se hizo bajo la luz del sol.

Todo era muerte. Todo era hambre. Todo miseria. Todo desesperación. La tierra estaba sola y amarga. La tierra se martirizaba...

Un día el sol trinoó un amanecer de esperanza y salvación. La multitud de manos levantó sus sueños. La tierra entera era un puño de verdad. Lo fatal cedía paso a la huella pura del pueblo. La sangre encendía sus heridas luminosas. Las montañas, los ríos y los mares eran gritos incontenibles en el amor que el hombre, la mujer y el niño proclamaban en la felicidad que oteaban en un horizonte pleno de luz y pan.

Un joven representaba las aspiraciones del pueblo. Llevaba por nuestros campos el mensaje salvador; el mensaje de la libertad, el mensaje de la felicidad para todos, el mensaje de la justicia social. Las masas lo escuchaban porque predigaba el bienestar y la igualdad entre todos los hombres.

La voz de Albizu resonaba aún en el alma de la patria. El pueblo soñaba con su gran fuego derretir los barrotes de Atlanta y libertarlo de las furias imperiales.

Y aquel joven tomó el poder con la promesa de hacer la Independencia... Pero pasaron años, muchos años.

Y la esperanza osciló y cayó de nuevo. El que había usado las armas de la emoción revolucionaria para ganarse el pueblo, cobardemente se entregaba al poder indigno; cobardemente inventaba fórmulas de engaño y miedo; cobardemente se postraba ante las furias yankis.

Y el miedo y el espanto volvieron a recorrer las calles y las montañas de la tierra; y las calles y las montañas de la tierra se volvieron a llenar de sangre.

(Pausa.)

Aquel joven no era otro que el Ludas de hoy. No era otro que ese que ha tirado hasta sus propios hijos a la calle. Ese que ha sido vil hasta con su hija Clarima, a quien ha echado del palacio porque ama lo que él mismo le enseñó siendo ella una niña.

(Apesadumbrado.)

Adolescente, Leonías, Ludas era ya gobernador, se despertaron en él los ideales de la independencia, los ideales de la libertad patria. Sintió el chispazo de luz de Albizu Campos y en él también la luz se hizo. Preguntaba en el pueblo a los más viejos por Albizu; y la gente le contaba de las sublimes jornadas de aquel hombre: cómo con su palabra las grandes masas del pueblo sentían la fuerza de los siglos; cómo en un ímpetu su palabra transfiguraba el patriotismo y la tierra se colmaba de héroes y mártires; y cómo el pueblo sufrió cuando lo encarcelaron en el presidio de Atlanta...

Un día, Ludas, oyendo a Leonías en la sala del palacio sintió repugnancia por la manera en que se expresaba su hijo. Las palabras libertad e independencia le provocaban amargura. El hijo se parecía a aquel joven que había sido él cuando tomó el poder predicando las mismas palabras. Violento trató de persuadirlo, pero no pudo arrancar aquellas ideas que ya estaban moldeadas en aquel joven corazón.

Ludas discutió con él muchas veces, pero cuantas ~~lo hacía~~, Leonías derrumbaba sus fórmulas especiales de "libertad" y "asociación".

Hizo enfrentar a Ludas con su propia conciencia, con el terror y el pánico que había desarrollado con su maquinal y sistemática persecución política; con el adulterio cometido sirviendo de hembra a los invasores.

Llegó un momento en que Ludas no lo soportaba. Pasaban días, semanas, meses y el odio se acentuaba contra Leonías; se hacía más brutal. Ludas tenía ganas de asesinarlo. Su propio hijo le recordaba los días cuando era amado por el pueblo, cuando las multitudes lo cargaban en hombros, cuando en la tribuna o en el diálogo su palabra era una esperanza de realidad. Le recordaba aquellos días suyos gloriosos que ahora eran polvo y nada; que ahora eran "errores de juventud".

Un día se levantó empavorecido. Fue al cuarto de Leonías y nunca se sintió tan ofendido como en aquel momento. En la pared, Leonías, tenía colgado un retrato de Albizu Campos. Leonías era la encarnación de su propia juventud; de la juventud per-

dida en el tiempo que ahora aborrecía.

Ludas planeó asesinarlo. Pero no pudo. Isocas se enteró de los planes y raptó al joven. Lo mantuvo en un escondite por mucho tiempo y luego lo envió a escondidas al extranjero. Ludas castigó a Isocas con la miseria y prohibió la entrada de Leonías al país.

Muchos años padeció en el destierro con el dolor de la patria esclava. Pero ahora está aquí. Ha entrado clandestinamente al país y nadie lo ha reconocido. Vino a combatir; a buscar la manera de librar al pueblo de esa máscara horrible que es Ludas.

Clarima

(Llorando.)

¿Entonces... tengo un hermano? No estoy sola en mi sangre con este dolor... ¡Oh soledad, tú, que fuiste mi íntima agonía ya no estás sola; ya no estás sola; un hermano — ¡Leonías, cuánto ansío conocerte! — un hermano ha venido a combatir; a buscar la manera de librar al pueblo de las bestias yankis; un hermano ha venido a morir revolucionariamente por la libertad, por la Independencia de la patria...!

Andrenio

(Emocionado.)

He venido con Leonías. (Llamándolo.) ¡Leonías! ¡Leonías! No iremos lejos de aquí a buscar a Clarima. (Sale Leonías.)

Leonías

Mi pobre hermana. ¡Quién sabe dónde estará! ¡Ese maldito Ludas!

Andrenio

Dame la piedra. La alegría del encuentro está en sus entrañas.

Leonías

¿La piedra?

Andrenio

La piedra que encontraste es de Clarima.

Leonías

¿Clarima?

Andrenio

La hermana que tanto has buscado está muy cerca.

Leonías

¿Ella la conoce?

Andrenio

Sí. Es siempre su compañera.

Leonías

(A Clarima.)

¿Conoces a mi hermana?

Clarima

(Tierna.)

Ella es luz que nunca te ha conocido. Era muy niña cuando te sacaron del palacio.

Leonías

Pero..., ¿dónde está ella? ¿Dónde?

Clarima

Ella está en tu presencia... ¡Yo soy Clarima!

Leonías

(Asombrado.)

¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! Pero no puedo reconocerte. No puedo... Dame una señal que una nuestras vidas. Dame un signo para sentirte hermana mía.

Clarima

¿Una señal, un signo...? ¿No puede la piedra que has encontrado?

Leonías

¿La piedra?

Clarima

Sí, la piedras..

Leonías

Uga piedra no es símbolo de sangre... Algún recuerdo de mi hermana Clarima. Una vez cayó de una de las murallas del palacio y en el hombro izquierdo le quedó una cicatriz que parecía el pequeño mapa de una diminuta isla.

Clarima

No sé...

(Clarima lentamente se descubre el hombro izquierdo.)

Leonías

Andrenio, confirma si tiene esa marca.

(Andrenio confirma la marca y mira a Leonías, quien, supera la duda y se ilumina.)

Leonías

¡Clarima! ¡Clarima! ¡Hermana! (La abraza.) ¡Sangre de esta sangre! (Observa la cicatriz.) ¡Cuánta distancia, sangre mía! ¡Cuánta ausencia! ¡Cuánto dolor! Terribles días en tierras lejanas sin saber de nadie. ¡Solo! ¡Cuánto ayer perdido en esta presencia y tú, hermana mía, sufriendo la peste de la traición; padeciendo la pequeñez de los hombres que en el palacio albergan la degeneración; los hombres que se han prestado al mal de esta patria por unas monedas de lodo y sangre...!

(Sentencioso.)

Pero Ludas la tendrá que pagar. Ha actuado como un imperialista yanqui en contra de los puertorriqueños; y por haber actuado en contra de los puertorriqueños tendrá el merecido castigo de la justicia revolucionaria. ¡La traición a la Patria no tiene perdón!

Clarina

¡Leonías! ¡Leonías! ¡Cuánta alegría en el dolor! Tanta soledad se transforma en la semilla que sembró en el pueblo el Maestro Albizu Campos. ¡La semilla de la libertad! La semilla por la cual derramaremos nuestra sangre para abonar la tierra y quitar su dolor.

¡Hermano! ¡Hermano! La patria requiere nuestro sacrificio; requiere el supremo bien de nuestro espíritu. ¡Nos necesita! Necesita el impulso de nuestra sangre para levantar de la miseria y el sufrimiento a la gran masa de obreros explotados.

Leonías

(Llorando.)

¡Por ella moriremos, Clarina!

Clarina

¡Por ella mataremos, Leonías!

TELON

(El Coro entra por la izquierda y se dirige hacia la puerta del palacio. Se detiene temeroso como si un golpe de muerte lo detuviera.)

Coro

Mi voz, primero, para el corazón del pueblo porque el pueblo es el que da luz a esta patria; y es quien la ha hecho sentir ante las furias de las ~~forzas~~ imperiales.

Daré al pueblo mi alma, mi fuerza y mi ciencia.

Daré mi aliento para que supere la crisis del dolor con la crítica de las armas.

¡Quienes lo han traicionado nunca tendrán amor, ni serán salvados de la muerte oscura que la historia perpetúa en el olvido!

(Pausa.)

La violencia se hace bajo la luz del sol. Es el arma del pueblo cuando espina la injusticia y el desamor. Es fuego, estrea de redención.

Quienes la sembraron la recogerán, la tendrán en sus males funestos; en la injusticia que un día plagaron.

¡La violencia es la patria contra la explotación!

Ludas

(Desde el interior del palacio. El Coro se empavorece.)

¡Que los maten a todos! Ya estoy harto de tanto juicio.

Isolina

¡No! ¡Ludas, no! No puedés matar ese grupo de campesinos. Ellos no han hecho nada.

Ludas

¡Nada, Isolina? ¡Nada? ¡Esa partida de ladrones subversivos!

Isolina

No son ladrones, Ludas. Sus hijos tenían hambre...

Ludas

Ludas

¡He dicho que los maten, Isolina!

Isolina

¡No! ¡No! ¡Ludas, no! No puedes matar esos inocentes... Esos son los campesinos que te sirvieron café en los campos cuando les fuiste a pedir prestado el voto para acabar con la injusticia social. ¿Lo has olvidado? ¿No te acuerdas de ellos, Ludas?

Ludas

¡Que los maten, Isolina! Esos asquerosos. ¡Que los maten! Yo no quiero saber de esa gente sucia.

(Isolina aparece en las escalinatas llorando desesperadamente.)

Isolina

¡Ay, cuánto mal se encierra en esta casa! ¡Cuánto dolor! ¡Cuánta sangre! ¡Cuánta locura! ¡Ludas! ¡Ludas! ¿Por qué eres así? No piensas nada más que en la muerte. ¡Asesinar! ¡Asesinar! ¡Asesinar! La obsesión de sangre te absorbe, ahoga tu conciencia. ¡Ludas! ¡Ludas! Has convertido esta casa en espanto. ¡Somos el infierno del pueblo! ¡Somos la muerte del pueblo! ¡Somos la muerte de nuestra propia muerte!

Coro

De los cielos que asoman los cafetales, de los llanos que prenden esmeraldas, de las manos que producen... ráfagas de fuego, teas inmensas proclaman las noches rojas,

¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!

La historia asciende en ríos y constelaciones de sangre. El dolor encauza sus arterias por voz de sus manos trabajadoras, por vías seguras de sangre redentora.

El sufrimiento se transforma. El heroísmo se arma de elevadas pasiones, se transfigura. Los caídos en los males levantan sus cuerpos, piden paz a sus hambres

asesinadas y en el combate entonan el canto sublime de los panes.

¡Isolina! ¡Isolina! ¡Isolina!

Isocas ha visto estas escalinatas manchadas de sangre. Isocas ha sentido en sus sueños marchar el pueblo. Isocas ha visto a aquel que un día marchó doloroso al destierro. Lo ha visto en una nube de sangre.

Advierte a Ludas, Isolina. Advierte a Ludas. Dile que la muerte lo busca. ¡Que la muerte lo busca!

Isolina

¡No! ¡No! El pueblo no tiene ningún derecho. ¡Ludas! ¡Ludas! (Ludas aparece en el portal del palacio.) Estas mujeres gritan muerte. Dícen que el pueblo viene armado pidiendo paz al hambre.

Coro

La muerte circunda el palacio. La muerte chorrea sangre en estas escalinatas. La muerte orea espasmos de noches centenarias y oscuras. La muerte escupe muerte. Busca el lecho de tus desesperaciones, Ludas. Te mantea en sueños absurdos y prepara con sus narcóticos de locura el día del grito de sangre. ¡Grito que jamás pueblo alguno ha pronunciado en la historia!

Ludas

¡Qué muerte ni qué muerte! (Se enajena.) Si quisiera el sol tuviera el sol. ¡El sol! Yo he podido llenarme de sombra, pero he llamado al sol. No hay muerte para mí. No hay muerte para mí. ¡Yo soy un dios! ¡Yo soy un dios!

Isolina

(Se acerca maternal a Ludas.)

Ludas, amor mío. ¿Estás cansado? Anoche no dormiste. Toda la noche la pasaste alucinado.

Ludas

(Aññado.)

Mamá vino a verme, Isolina. Pero yo le dije que se fuera. Me sentía muy triste. No sabes tú lo que lloramos cuando le dije que Leonías había muerto. Ella que hacía apenas unos meses que lo estaba acariciando en el jardín. ¿Te acuerdas, Isolina?

Isolina

Ven, Ludas. Ven. Estás muy cansado. Necesitas dormir. Ven. Ven. (Le toma de la mano y lo lleva al interior del palacio.)

Coro

¡Qué espanto en esta casa!

¿Qué demonio destroza a Ludas? ¿Qué ángel enciende en sus recuerdos ternuras incomprensibles? ¿Qué sueños sueña que lo confunden en tinieblas perdidas? ¿Qué astro en su memoria titila su muerte lentamente?

¿Quién se acerca a sus noches?

¿Habrás hecho ilusión aquel hijo que quiso matar?

¡Ludas! ¡Ludas! ¡Ludas!

¿Quién derrama tu conciencia en tus íntimos dolores? ¿Quién asoma al antro de tu memoria la nostalgia de días felices que destrozaste cuando hiciste tus bodas con el mal?

Pero es imposible, Ludas. ¡Es imposible! El mal cubrió tus entrañas. El mal plantó en ti la sangre de la destrucción, el crimen, la muerte.

Ludas

(Gritando desesperado en el interior del palacio.)

¡No! ¡No! ¡No! ¿Quién me hiere? ¿Quién me desangra? ¡Isolina! ¡Isolina! Estos muertos no me dejan dormir. Me entierran cuchillos. Me disparan al corazón. Me lanzan piedras, Isolina. Tiran de mí como si fuera un animal. ¡Ay! ¡Isolina! ¡Isolina!

Que no dejen entrar a Leonías al palacio. Que lo maten. Que lo tiren a los tiburones... ¡No! ¡No! ¡Suelta ese puñal, Leonías! (Con voz de miedo.) Eres mi hijo. No puedes levantar la mano contra tu padre. ¡Suelta ese puñal, Leonías! ¡Suelta! ¡Suéltame el cuello! (Emite un grito de espanto.)

Isolina

¡Ludas! ¡Ludas! Yo estoy contigo, amor mío. Yo estoy contigo. Nadie te va a matar.

Coro

Cruza la muerte con su corazón, preñe el tormento en palacio, despierta el dolor de los asesinados.

La paz oscura levanta sus funestas silencios, planta sus pies en los muros.

El pueblo abra sus miradas rojas, el fuego de sus entrañas se derrama, su puño de tanto sueño asesinado explota.

¡Sangre y muerte! ¡Sangre y muerte! ¡Sangre y muerte!

Isolina

Esas mujeres no hacen sólo hablar de sangre. Ven lo que nadie ve. Miran más allá de lo que el presente es, de lo que el pasado ha previsto.

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Ludas

Se han antojado de este palacio. En todas las esquinas aparecen. ¡Quieren matarme, Isolina! ¡Quieren matarme!

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Isolina

Crean que esta tierra se está rebelando.

Coro

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Ludas

(Enconado.)

¡Nadie se va a rebelar, Isolina! ¡Nadie! Los aplastaré. No voy a permitir que ningún subversivo hijo de la gran puta venga a destruir el orden.

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Isolina

No te exaltes, Ludas. Nada va a pasar.

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Ludas

Nada, sí. Nada. Yo mejor que nadie lo sé. Pero el que intente alterar la paz tendrá que pagar con su vida.

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Ludas

¡Que callen a esas putas, Isolina! Que Androclías las saque del palacio.

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Isolina

Es imposible, Ludas. Las tendremos que soportar desgraciadamente hasta que un día decidan irse.

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Ludas

Fídeles que se vayan. Díles que estoy enfermo, que necesito descansar.

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Isolina

No se irán. Están empetradas ahí. Isocas ha dicho que representan la muerte.

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Ludas

¿La muerte...?

Isolina

Cuando subiste al poder, Isocas dijo que la muerte se entronizaba. Que contigo en la gobernación la muerte sería el signo del poder.

Coro

¡Sangre! ¡Sangre!

Ludas

(Enajenado.)

El sol, el sol, el sol... Mamá, mamá, mamá. Cuida mucho a Leonías, no lo dejes acercar al río... (Enfurecido.) ¡No! ¡No! ¡No! Yo no lo quiero ver más en este palacio. Es un enemigo. No, Isolina. No. No importa que sea mi hijo. Se tiene que ir de este país. Aquí yo no lo quiero. Has visto. Has visto. Ha colgado un retrato de Albi-zu Campos en la pared de su cuarto. Yo no puedo soportar un enemigo en mi casa. ¡Se tiene que largar para la puñeta!

Coro

Te ahogarán. Te ahogarán, Ludas. Te ahogarán.

El dolor resiste, resiste, resiste... Pero un día su pureza prisionera salta
de su celda y se hace...

¡Sangre y muerte! ¡Sí! ¡Sangre y muerte!

El mundo de la miseria se pudre. El pueblo no quiere más la miseria. No confía en los poseedores ni en los amos. Sabe que su felicidad será verdadera si da muerte a quienes lo explotan; si da muerte a las furias yankis.

(Entran guardias con Isocas prisionero. El Coro se repliega temeroso.)

Isocas

¡Isolina! ¡Isolina! Dile a estos canallas que me dejen libre.

(Isolina sale presurosa.)

Isolina

¡Suéltenlo! ¡Suéltenlo! (Los guardias dejan libre a Isocas y salen.) Judas ordenó que lo encarcelaran, Isocas. Perdónelo, usted. Perdónelo. Está muy malo. Delira. Dice que lo van a matar. Que Leonías lo va a matar.

Isocas

(Evocando.)

¡Leonías! Mi querido Leonías... ¡Cuánto estará sufriendo! ¡Cuánto dolor en el destierro amargo!

Isolina

Isocas... Judas se está volviendo loco.

Isocas

¡Le han vuelto otra vez los males aquellos.

Isolina

Sí. Pero no son los mismos males. Tiene una obsesión de muerte, una obsesión misteriosa que no le permite estar tranquilo ni en el propio palacio. Ya no es el problema de la bebida ni la narcomanía. Tiene una conducta rara. Habla de su madre, la llama. Dice que vino y le preguntó por Leonías. Que lloraron juntos cuando él le dio la noticia de su muerte. (Llorando.) ¡Judas, se está volviendo loco, Isocas!

Isocas

No se está volviendo loco. Está cobrando conciencia de muchas realidades. Sabe que es inevitable lo que es inevitable, la revolución.

Isolina

¡No diga usted eso, Isocas! No mencione usted eso. El pueblo quiere a Ludas y no va a permitir que ningún subversivo altere la paz y el orden que ha prevalecido en esta Isla.

Isocas

(Illuminado.)

¡Sangre! ¡Este palacio apesta a sangre! Estas escalinatas, las murallas, el mar... ¡Esta casa está plagada de sangre!

Isolina

Está usted como esas mujeres. Ve más allá, escucha más allá y todo lo percibe negro, trágico.

Isocas

(Sentencioso.)

Es inevitable esa salida. Es inevitable. Hay sangre derramada en las calles y en las aceras. Y el tiempo ha producido un grupo de hombres que están mostrando al pueblo que esta sociedad es vieja y corrupta; que hay que superarla y transformarla.

Isolina

Después que Ludas ha entregado su vida a este pueblo. Después que lo ha sacado de su miseria y lo ha puesto a vivir holgadamente, unos cuantos desgraciados quieren destruirlo.

Isocas

Mucho has perdido, Isolina. No olvides que una vez en tus manos apretaste una pistola.

Isolina

Isolina

Entonces no pensaba. Seguía ideales locos. Como no había esperanzas todos seguimos la que creó Albizu. ¡Albizu nos dio la esperanza! Pero el tiempo, el tiempo...

Isocas

Nunca has vuelto a ser aquella mujer que fuiste. Te escapaste de la verdad. Caiste en el infierno de Ludas, en la mentira y en la irresponsabilidad... Si esos ideales fueran locos tu hijo no sufriera el amargo destierro ni tu hija Clarima se hubiera rebelado. Y ella vale por todos los ejemplos por ser mujer. No permitió crearse el dilema de la mentira. Prefirió decir la verdad aunque le costara cara a su juventud.

Isolina

¡Está loca! Cree que el pueblo la va a respaldar. Que vaya a unas elecciones. ¡Que se enfrente con Ludas en unas elecciones!

Isocas

No es cuestión de locura ni de elecciones. Es el problema de la libertad y el problema de la existencia de unos seres humanos. Algo más que un simple proceso democrático.

Isolina

Esas son viejas emociones, Isocas.

Isocas

Viejas emociones, pero siempre llenas de juventud. ¡Reales! Tú las ahogaste. Tú las cercenaste por el relumbrón y el boato. La casa en que vives está fundada en la traición. Bien sabes lo funesta que ha sido la presencia de Ludas en la historia de este pueblo. Borracho y narcómano, ha forjado y forzado una historia de la traición... El día que el pueblo vaya a hacerse justicia quitará todas las máscaras y no habrá súplica. Entonces los yankis tendrán que matar a todo el mundo para poder triunfar.

Isolina

Han crecido una atmósfera cargada de violencia.

Isocas

Estás ciega. No comprendes que los pueblos recurren a su sangre cuando se quieren salvar. Unicamente con sangre se libertan los pueblos. En la sangre está la posteridad.

Isolina

¡Sangre! ¡Siempre sangre!

Isocas

Hay una sangre derramada; la sangre de los héroes y los mártires que han muerto en las aceras y en las calles y en las cárceles. Y esa sangre hay que levantarla y consagrarla con un triunfo para que el olvido no la destruya.

Isolina

Insiste usted, Isocas. ¡Sangre! ¡Sangre! La pregona como si este gobierno estuviera solo. ¡Pues no! No estamos solos. Tenemos un ejército potente y muchas armas. Ludas reducirá a todos a la obediencia.

Isocas

Ni los ejércitos, ni las armas, ni Ludas podrán reducir un pueblo a la obediencia. No es de los más fuertes el triunfo; es de los que tienen la verdad. Y el pueblo tiene la verdad. Tiene un gran corazón que puede con este imperio yanqui que tantos podridos males causa.

Isolina

(Tomando, en un rapto, conciencia de las palabras de Ludas.)

Es verdad lo que usted dice, Isocas. Es verdad. Permanecer en esta paz manchada es un crimen. Pero cuando uno se envuelve y se complica con el mal es necesario, para salir limpio, hacer una proeza grande en la que se sacrifique aun aquello que nos es tan íntimo y amado... ¡Yo no puedo hacer esa proeza! El infierno de Ludas me ha tragado. (Llora.)

Isocas

Comprendo, Isolina. Comprendo. Pero la inocencia no te libra del castigo del pueblo. Los que tuvimos conciencia de la tragedia que significaba Judas somos tan culpables como las furias que lo han sostenido gobernando. Mucho nos tocará sufrir. Nuestro sufrimiento será el mayor. Hemos contribuido a sembrar la paz del hambre y la explotación.

Judas

(Desde el interior del palacio.)

¡Isolina! Estas mujeres no me dejan tranquilo. Se han metido a este cuarto a hablar de muerte. Ven para que las saques. Cierra bien las puertas.

Isocas

Ve a atenderlo, Isolina. Ve a atenderlo.

(Isocas e Isolina se abrazan. Isocas sale. Isolina entra presurosa al palacio.)

En el exterior aparecen Leonías y Andrenio.)

Leonías

Me haré pasar por médico, Andrenio. Pediré que me permitan permanecer en el palacio para cuidarlo.

Andrenio

¿Estás seguro que no te descubrirán?

Leonías

Eso es imposible. Ni la misma Isolina sospechará quién soy.

Andrenio

Ten cuidado, Leonías.

Leonías

Avísale a Clarima. Dile que ya estoy dentro del palacio.

(Leonías camina hacia el palacio. Andrenio sale inadvertido.) Leonías habla con los guardias. Cuando empieza a subir las escalinatas. el Coro emite gritos

como si la muerte estuviera en su presencia. Se dispersa. Luego en hileras en forma de M sigue a Leonías hasta que éste entra al palacio. El Coro cae de hinojos en el mismo portal, siempre formando la misma M.)

Coro

¡No! ¡No! ¡No!

¿Quién imaginaba tan rápida presencia?

Sabíamos que vendrías. ¡Sí! Lo sabíamos. Pero nunca tuvimos la certeza del tiempo. Nunca. Quiere decir que en el pueblo el fuego se está haciendo realidad.

¿Quién te trajo, Leonías? ¿Quién?

¿Qué mar prestó sus pechos de espuma, sus lomos plateados?

¿En qué playa de sangre tus pies sintieron la tierra?

¿Qué multitud de palomas plantó en ti la emoción del regreso?

¡Vienes con la muerte! ¡Vienes con el grito de violencia! ¡Vienes con la sangre de la paz! ¡Vienes con el dolor de mañanas felices! ¡Vienes con la paz de las noches rojas!

¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!

El hijo de la sangre prepara el proceso de sangre en el mismo palacio.

¡Isolina! ¡Ludas!

La traición y la explotación del imperio de los asesinos pende de un hilo muy fino que se mueve lentamente hacia el abismo de la muerte.

Ludas

¡Isolina! ¡Isolina! Esas mujeres me tienen desesperado. Dile a los guardias que las saquen de este palacio.

Isolina

Lo escucha usted. Se está volviendo loco, doctor.

Leonías

No se le puede dejar beber más.

Isolina

Es imposible. Entonces mataría más gente. Se enfurece como una fiera y quiere destruirlo todo.

Leonías

Le pondremos una camisa de fuerza.

Isolina

¿Cree usted que lo permitirá?

Leonías

No importa. Busque un grupo de diez o doce hombres fuertes. Cuando sea conveniente le pondremos la camisa de fuerza.

Isolina

(Derrotada.)

¡La locura! El fin de este palacio.

Leonías

No tiene por qué apurarse. Esa camisa detendrá muchos males y aliviará muchos sufrimientos. ¿Prefiere usted que siga con esa obsesión?

Isolina

¡No! No es eso. Usted no comprende. Usted es un recién llegado. No comprende las cosas como son. Usted sabe... Esas cosas raras que ocurren...

Leonías

Comprendo. Comprendo las situaciones difíciles...

(Ludas grita.)

Ludas

¡Isolina! Ese malvado ha venido a matarme. Esas mujeres me han dicho que ha entrado al palacio para matarme.

Leonías

Leonías

Su obsesión de muerte hace crisis. Este es el momento de ponerle la camisa de fuerza.

Isolina

Yo no quiero presenciar ese momento.

Coro

El dolor es un solo dolor. El pueblo es un solo dolor, un solo amor. Su sangre es el manto rojo que iergue las montañas, el río que corre a buscar mañanas y esperanzas creadoras para los que sufren en las plazas de luto y en las tristezas lluviosas de los amaneceres.

(Leonías aparece en el portal.)

¡Leonías! ¡Leonías!

Ese dolor de tanto dolor prodigaré los mares y la tierra de rico y fecundo aluvión. Tus manos borrarán una enfermedad maldita que tantos males causa a esta patria.

Leonías

¿No saben que Judas está enfermo? ¿Por qué no hacen silencio? ¿No sienten lástima por un hombre que tiene destrozada el alma?

Coro

(Espantado, retrocediendo.)

¿Qué haces, Leonías? ¿Qué haces? ¿Tanto furor tiene la muerte en ti? ¿No está acaso la paloma despertando sueños? ¿No está acaso la paloma redimiendo las manos trabajadoras? ¿No es su canto la luz por la cual las sombras perderán su sentido?

¿Tanta prisa tienes? ¿No esperas al pueblo? ¿No esperas a Clarima?

¿Qué haces tú, que finges fingir compasión por Judas; lástima por su locura?

¿Qué haces tú, Leonías, que hasta tu propia madre engañas para mañana envolverla en la justicia de tus puñales?

Leonías

(Conteniendo su ansia de justicia revolucionaria.)

¡Silencio! ¡Silencio!

Coro

Sufre tu corazón. Sufre como el mismo fuego. Pero un deber supremo ilumina tu cerebro y nada ni nadie te detendrá. Sufres más por tu gran sacrificio y eres más dichoso que los que por el pecado andan con el corazón desesperado. El dolor en ti es alta alegría, verdad de tu existencia. Las manchas de sangre que se cuajan en tus manos son limpias, libres de la corrupción y del infierno que las furias yankis han plagado en esta tierra.

Ludas... Isolina... Y aquellos que en los capitales de lodo y sangre han pisoteado y asesinado la dignidad del pueblo.

¡Tu inocencia quedará en los siglos!

Leonías

Ludas necesita silencio.

Coro

El silencio de tus puñales.

Leonías

Lo van a enloquecer, a desesperar.

Coro

La historia no puede callar. La verdad nunca tiene silencio. Los males de Ludas los ha sembrado Ludas.

Leonías

Necesito silencio. En mis manos está el fin de la crisis de Ludas. Y si acabo la crisis de Ludas; si acabo la crisis de Ludas acaban los dolores de esta tierra.

Coro

(Acurrucado.)

Callemos. Su voz no es su voz. Callemos. ¡Su voz es la muerte! Callemos.
Callemos! Callemos.

(El Coro se repliega por las escalinatas. Leonías vuelve al interior del palacio.)

Iudas

El ha venido a matarme. Se ha hecho pasar por médico para matarme... Isolina, la muerte se ha metido en este palacio. Está en las murallas, en las paredes, en las columnas, en las escalinatas... ¡Está en todas partes! La he visto, Isolina. Todo es tan extraño. El mundo parece prenderse en llamas. Pero es ella. Sí. Ella. Entra por esa ventana y se sienta en ese sillón y empieza a mecerse y está horas y horas mirándome como si yo fuera algo que ella deseara poseer. Después se sube a la lámpara y canta como un pájaro que ha encontrado el sustento.

Coro

¡Sí! ¡Ella! ¡Ella! La que viene a buscarte. La que tiene en sus alas una herida de traición. La hija de los sueños amados. La hija de los sueños de la tierra.

¡Ella! ¡Ella! ¡La muerte! ¡La muerte desnuda! ¡La muerte!

La que en su entraña lleva el terror y la violencia que has desatado contra el pueblo. La que no te perdona el adulterio que has cometido contra los tuyos. Contra Clarima. Contra Leonías. Contra el pueblo. La que no te perdona que hayas jugado con los ideales de la verdad. La que espera gravemente el día, ¡sí!, el día de los sueños y la sangre. ¡El día de los sueños y la sangre!

(Distantes se oyen voces de una multitud; disparos, cantos, gritos, consignas.
— ¡Viva Puerto Rico Libre! ¡Viva la Revolución! ¡Viva Albizu Campos! ¡Abajo los asesinos yanquis! ¡Muera el traidor Iudas! —)

Ludas

¡No! La muerte no puede... No tiene ningún derecho. ¡La muerte no tiene ningún derecho!

Coro

¿Qué oigo? ¿Qué oigo?

¡No! No puede ser. ¿Acaso Clarima ha declarado ya la guerra a la explotación? ¡Pero es el pueblo! ¡Es la voz del pueblo! ¡Ludas, la muerte es verdad! ¡Prepárate, Ludas! La muerte viene con la sangre derramada a vengarse. ¡Viene el pueblo, Ludas! ¡Viene el pueblo!

(Meditativo.)

Quiere decir que han vencido a las furias yankis. Que han destrozado el poder imperialista; ¡Quiere decir que el pueblo ha roto las cadenas de la explotación y el hambre! ¡Quiere decir que el pueblo ha proclamado la independencia de la patria!

¡Oh, pero qué veo! ¿Qué ven mis ojos?

(Dos guardias cargan el cuerpo ensangrentado de Isocas.) El Coro los rodea.)

¡Isocas! ¡Isocas! ¡Isocas!

¿Quién vertió la sangre de tu cuerpo? ¿Quién? ¿Es tan feroz la guerra que no han respetado tu ancianidad, ni tus barbas blancas, que han faltado a tu venerable memoria... Tú, que tantos males has previsto y divulgado. Tú, que supiste señalar al pueblo, a los obreros y a los campesinos la verdad, los horrores de Ludas. Tú que en los silencios más puros ibas acaudalando las armas que Leonías de tierras distanciadas enviaba año tras año. Tú que aun siendo un anciano flácido y enfermo supiste conspirar desde este palacio, haciéndote culpable, para dar a los revolucionarios los más valiosos informes.

¡Y te han matado, Isocas! ¡Y te han matado! ¡Te han matado...!

(Isocas, moribundo, mueve un brazo.)

Isocas

Mujeres... Mujeres... Mujeres... No ha sido el pueblo. No ha sido Clarina. No han sido los revolucionarios. Ellos son hombres puros y mujeres puras. La salvación de esta patria... Déale el aliento que a mí me falta. ¡Que nunca cedan a las furias yankis! Que se borren todos los recuerdos de Ludas y las hipocresías de Isolina. Que sus hijos no los perdonen. No son dignos del perdón de sus hijos. Que la Independencia se libertad, trabajo, pan, producción, consumo, propiedad y paz para todos. ¡Que se cree el hombre nuevo!

(Isocas calla.)

Coro

¿Pero quién te ha matado, Isocas? ¿Quién? ¿Qué mano bárbara llenó tu cuerpo de puñales?

Isocas

Isolina... Ludas... Mandaron al traidor Androclías... Androclías... Androclías... El verdugo del pueblo...

(Isocas muere. Los guardias se retiran asustados.)

Coro

¡Oh dolor! ¡Dolor! ¡Sólo un oscuro corazón como el de Ludas! ¡Sólo un alma enmascarada como la de Isolina! Y un traidor, un traidor, Androclías, quien prestara la turbia mano del crimen. ¡Sólo quienes hicieron funestas bedas con las furias imperiales han podido dar muerte a un hombre como Isocas. ¡Oh dolor! ¡Oh dolor! ¡Pero la muerte se paga a su justo precio!

(Se oyen gritos en el palacio. El Coro se sobresalta y se empavoriza.)

Ludas

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Coro

¿Quién muere? ¿Qué sangre se estrella contra la tierra? La muerte se ha llenado de muerte! ¡La muerte está ensangrentada!

No hagamos ruido. Silencio. Silencio. Silencio. El mar vuelve a sus viejas orillas. Silencio. Silencio. Silencio. Vamos a aquella muralla. Que nadie diga que nuestras manos estén manchadas con esa sangre!

(El Coro se repliega hacia una de las murallas del palacio. Sale un paje desconcertado, corriendo por las escalinatas y gritando.)

Paje

¡Lo han matado! ¡Ay, madre mía! ¡Lo han matado! ¡Lo han matado! ¡Ay! ¡Han matado al gobernador! ¡Han matado a Ludas! ¿Nadie oye? ¡Han matado al gobernador! Le han enterrado mil puñales. ¡Que busquen a Isolina!

(Isolina aparece en el portal del palacio. Luego baja las escalinatas.)

Isolina

¿Por qué gritas tanto, Dioniro? ¿Qué gritos das que llenan de espanto este palacio?

Paje

(Casi sin poder hablar.)

¡Que han matado al gobernador! ¡Han matado a Ludas! ¡Su cuerpo está lleno de puñaladas!

Isolina

¡Sangre y muerte! ¡Sangre y muerte! Se cuál es su origen... Ese que está ahí (Ha señalado al cadáver de Isocas.) y las mujeres infernales anunciaron la tragedia. ¡Que me busquen una pistola! Quiero saber de quién es el poder, si del caído o del asesino que se ha manchado con su sangre.

(Isolina se vuelve hacia el palacio. Leonías aparece en el portal, ensangrentado y con un puñal. Dioniro sale aterrorizado. Andrenio entra al palacio.)

Leonías

¡Isolina! Sólo me faltas tú. Ludas ha recibido ya su castigo. La sangre que engendró, la sangre que vejó miserablemente, la sangre que echó al mundo se ha vengado. ¿No me conoces? Soy Leonías. ¡Tu hijo Leonías!

Isolina

¡No! ¿Tú, asesino de tu padre? Me has matado a mi Ludas. ¡Me lo has matado!

Leonías

Le amabas. Lo sé. Pero tendrás que acompañarle.

(Camina hacia Isolina con el puñal en alto. Isolina grita despavorida y se arroja a sus pies.)

Isolina

¡Hijo mío! Mi Leonías del alma. Perdona, perdona esta madre que tantas veces te durmió y tantas jugó contigo en los jardines de este palacio. Perdona esta madre que tantas alegrías te dio.

(Leonías baja el puñal. Mira desolado a Andrenio.)

Leonías

¡Andrenio! ¡Andrenio! ¿Qué hago, Andrenio? ¿Debo matar a mi madre?

Andrenio

(Grave.)

¿Y quién detendrá al pueblo cuando vea que has cortado solamente un ala del mal? ¿Quién lo detendrá cuando tengas que comparecer a su presencia como un traidor? ¿Y qué dices de los juramentos con Clarima ante la tumba de Albizu Campos? Es preferible para ti y para tu conciencia tener en contra a las furias yankis que al pueblo.

Leonías

Dices la verdad, Andrenio. Eres sabio y justo. Es mejor matar al traidor aunque sea un padre o una madre que ser el traidor de todo un pueblo. (A Isolina.) Tienes que morir. Debes morir. Tú y Ludas hicieron sufrir esta tierra. Los dos estaban cons-

cientes de la muerte de muchos inocentes y del hambre de este pueblo.

Isolina

Quiero vivir a tu lado, Leonías. Quiero verte gobernar la República.

Leonías

Siempre con la misma hipocresía. Siempre con tus múltiples caras y tus variables sentimientos. (Cínicamente.) Verme gobernar la República...

Isolina

¡Yo no quiero morir! ¡Yo no quiero morir!

Leonías

Tampoco querían morir aquellos inocentes que ustedes mataron.

Isolina

¿No te espantas, Leonías? ¿Vas a matar a tu madre!

Leonías

¿Se espantaron tú y Ludas cuando mataron en mí la adolescencia y cuando mataron mi cariño? ¿Se espantaron ustedes cuando a fuerza de cárcel, torturas y dolor inutilizaron y asesinaron al apóstol Albizu Campos! ¡No! ¡Yo sé que no se espantaron! Además tú y Ludas hace mucho tiempo dejaron de ser mi sangre. Sólo tengo a Clarima. La fiel y dulce paloma de esta tierra. Y al pueblo, esa gran masa de obreros y campesinos a quienes debo toda mi vida.

Isolina

¡Yo te salvé de la muerte! Ludas quería matarte.

Leonías

Me salvó Isocas. Ese que ustedes mandaron a asesinar.

Isolina

Yo le dije a Isocas que te llevara lejos, donde Ludas no supiera de ti.

Leonías

Bien sabes que Isocas tuvo que raptarme para que yo pudiera huir. ¿Acaso crees

que no se la vida miserable que le dieron por tal acción? ¿Acaso crees que no se que fueron nuestras montañas las que le dieron albergue y comida al pobre anciano? ¿O es que su cadáver ensangrentado no es un testimonio presente de tus crímenes y de ese que duerme rodeado de moscas infernales?

Isolina

¡Cuán amargo eres, Leonías! ¡Cuán amargo! No importa cuán mala haya sido debes recordar que soy tu madre.

Leonías

Mi madre. ¡Sí! ¡Cosa terrible es! ¡Mi madre! Sin embargo eso no te libra del castigo. Grande es la infamia que cometiste con el que he entregado a la muerte.

Isolina

Yo tenía que ir donde fuera él. Tenía que seguirlo y acompañarlo. Ser lo que él fuera. Hacer lo que él hiciera y lo que él ordenara.

Leonías

Eras su propiedad. Lo sé. La mercancía de Judas. Ni esposa ni compañera.

Isolina

¡Era difícil abandonarlo! Mi deber era estar con él.

Leonías

Mientras permitías el vejamen de tus hijos y ayudabas a forjarrfunestos males. Tú también te manchaste como Judas. Hiciste infamia a Clarina y ordenaste la muerte de Isocas.

Isolina

¿Vas, hijo mío, a matar a quien te dio la luz? ¿Vas a matar a tu madre?

Leonías

No soy yo quien va a darte muerte. Eres tú quien ha ordenado al pueblo que te de muerte. Mi brazo armado no es mi brazo, es el brazo del pueblo. Quien habla no es Leonías; es el pueblo. Y quien ha firmado tu sentencia de muerte no he sido yo ni aun el

mismo pueblo. Como Judas, tú misma la has firmado. Hace mucho tiempo firmaste tu sentencia de muerte.

Isolina

¿Crees que actúas bien al matar a tu madre? Tu conciencia te perseguirá y no te dejará tranquilo. ¡Te gritará siempre que eres el asesino de tu madre!

Leonías

¿Y la conciencia de mi pueblo! ¿Como la evadiré si mi brazo falla? ¡Triste es para un hombre no cumplir con la conciencia de su pueblo!

Isolina

Hable a una piedra y suplico a sus nervios fríos e incommovibles.

Leonías

Los juegos de muerte que celebraste te condenan a muerte.

Isolina

¡La sangre se rebela contra la misma sangre!

Leonías

Tu boca confiesa tus crímenes. Los delirios de Judas también los confesaron. Los dos mataron aquellas ideas nacidas de la realidad, de las necesidades de este pueblo. Los dos sembraron el mal. El recogió su fruto. Ahora lo recogerás tú y el pueblo podrá crear su felicidad.

(Lleva a Isolina al palacio. El Coro vuelve a la escena.)

Coro

¡Seaal fin la paz después de tanta sangre! ¡Que nunca más se diga muerte!
 ¡Nunca! Que no se vuelvan a producir los funestos males. Que sea esta la lección.
 Que los hombres no vuelvan sus pies a las botas imperiales. Que brille la luz del pan. Que sea el rayo de la eterna libertad de todos los humanos.

Isolina

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Coro

La muerte. La muerte. ¡Aún está en el palacio la terrible! ¡Aún vibra su justicia! Calleemos. Calleemos. No sea que esa sangre salpique nuestros rostros.

Leonías

¡Muere! ¡Muere!

Coro

Fuerte es la madre. No acepta la muerte. ¡No! ¡No la acepta! ¡Terrible es! Quiere vivir. Quiera vivir...

(Se oye un grito prolongado de Isolina.)

Andrenio

¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡La casa de la traición ha caído! ¡Ha caído! ¡La casa de la traición ha caído!

(Sale presuroso repitiendo las mismas palabras.)

Coro

Hay luz de verdad. ¡Luz! ¡Mucho dolor. ¡Mucho dolor!

(El pueblo entra a escena. Es una masa de obreros y campesinas armados con toda clase de armas. Sus rostros reflejan la alegría del triunfo. Entran cantando un himno revolucionario.). Leonías aparece en medio del portal. Ha arrastrado los cadáveres ensangrentados de Iudas e Isolina. Está casi bañado en sangre. La tensión emocional con su presencia aumenta. Se hace silencio.)

Leonías

¡Los asesinos han muerto! ¡Los tiranos han muerto! Los que en el pueblo sembraron el terror, hoy viven en el terror de la muerte. La sangre derramada se ha vuelto contra sus rostros. Permanecen fieles a su credo de asesinato. El asesinato albergaron en el palacio, en la vida, contra el pueblo. Y el asesinato llevaron en su viaje definitivo. No hace mucho derramaban la sangre venerable de Isocas. Pero hace apenas unos momentos el brazo de la justicia revolucionaria voló la podrida sangre de los

asesinos. Los dos vivieron en crimen. Los dos se han llevado el crimen a la tumba. La muerte que proclamaron les produjo la muerte.

Aquí están los que tanto mal y tanto acíbar dieron al pueblo. Con ellos el fin de nuestros males. ¡El imperio de sombras asesinas ha muerto en esta tierra!

(El pueblo exclama y grita consignas.)

Si hubo amor grande a esta tierra renace hoy con más amor y con las más puras emociones de la sangre. Ayer el aire era tenso, desolado; una desesperación de espantos, el cuerpo brutal del silencio, piedra de dolor y sangre. Hoy es manto de luz que levanta nuestras huellas, nuestras viejas pisadas, nuestros siglos de sueño...

¡Cuántas palabras cruzaron por nuestras calles y aceras! ¡Cuántas por nuestros campos, montañas, valles y sierras! ¡Cuántas por los barrios y los arrabales de luto!

Se nos cubrió la vida de dolor. Se nos encerró en un nicho de soledad, en una caverna de hambre y no tuvimos la realidad de los sueños. Piedras de silencio, morteros de sangre, cuchillos de muerte cruzaron nuestro dolor. La paz era funesta violencia. El pueblo gemía desesperado sin otra luz que la muerte. Aquí y allá el hambre era una piel amarga, un terrible puñal de sombra. Se buscaba una antorcha capaz de cauterizar las heridas del mal y de proveer el río cierto que fecundara el dolor. Nuestro pueblo era una paloma ensangrentada herida por las bayonetas de las funestas sombras.

Pero la historia no cesa en el dolor. La historia es un caudal y no la hacen los espíritus ni los dioses. La historia es obra de los hombres, obra de su producción. Es un río que no cesa. Quienes se opusieron a su fresca corriente; quienes intentaron opacar y secar sus aguas han muerto con el mismo puñal miserable con el que intentaron segar la vida del pueblo.

Yo he dado muerte a dos miserables que me engendraron. Me he manchado con su sangre y no me avergüenzo. Ellos derramaron la sangre más pura de nuestra patria. Mantuvieron un régimen de tragedia con la injusticia. Cortaron el hilo entrañable de la tierra, se entregaron a los bárbaros y crearon un mundo donde la miseria asesinó la luz,

donde el dolor prendió su piedra pulverizada.

Pero el pueblo ha sido redimido y con el pueblo se ha redimido la paz. Los asesinos han muerto. Las furias imperiales han muerto. ¡Sea esta verdadera paz la eternidad de la tierra!

(El pueblo aplaude y grita su alegría.)

Coro

¡Clarima! ¡Clarima! ¡Clarima! (El pueblo también llama a Clarima.) ¿Dónde estás? ¿Dónde tu palabra? ¿Dónde tu sueño? ¿Dónde el ala de los ruiseñores que te dieron la luz? ¿Dónde aquel dolor, aquel dolor que tanta patria en tu alma procreara? ¡Clarima! ¡Clarima! ¡Clarima!

(Entra un guerrillero con el cuerpo muerto de Clarima; su traje blanco ensangrentado.)

Leonías

(Con mucho pesar en la voz.)

La paloma que pudo tanto un corazón. ¡La paloma de los sueños! Quien salió a la luz y en la luz prendió la gran antorcha de las masas trabajadoras... (Se acerca al cuerpo muerto de Clarima.) ¡La paloma de la salvación! ¡Clarima! ¡Clarima! ¡Clarima! (Llora.) ¡La paloma ha muerto por la libertad! (Se abraza al cuerpo muerto de Clarima.)

Coro

No pudo tu sueño..., tu dolor..., tu ciencia... No pudo esa sangre inmensa de tus venas... ¡No! ¡No! ¡No pudo, paloma inmolada! No pudo, paloma. ¡No pudo!

(El pueblo, solemne, carga el cuerpo de Clarima y sube al palacio. Leonías se aleja henchido de dolor. Andrenio lo ve partir y sube con el pueblo al palacio.)